

- Un envase cuya gráfica sea agradable, su forma sea la correcta y el material el apropiado pero que no cumple con los objetivos de marketing va, casi seguro, directo al fracaso.
- Un envase cuya gráfica sea agradable, su forma la correcta, el material el apropiado, que cumple con los objetivos de marketing pero que no puede ser fabricado por impedimentos tecnológicos, es decepcionante.
- Por último, un envase cuya gráfica sea agradable, su forma sea la correcta, el material el apropiado, que cumple con los objetivos de marketing y que puede ser fabricado desde el punto de vista tecnológico pero que presenta inconvenientes logísticos traducidos en costos extremos ... póngale usted el calificativo que considere.

De esto se trata, el packaging convive con las demás actividades como cualquier otra disciplina; la diferencia es que el packaging como disciplina interactúa íntimamente con ellas obligando al especialista a dos alternativas notablemente ineludibles: tener conocimientos de todas las disciplinas que el packaging incluye y manejar su gestión.

Así las cosas, y haciendo una primera consideración podemos estar hablando de un "coordinador" entre todas las disciplinas con las que el packaging interactúa.

Muchas veces escuchamos que el diseñador debe conocer las necesidades humanas en sus dimensiones psicofísicas y sociales ubicadas en un contexto real, debe proponer soluciones que contengan óptimas condiciones de factibilidad técnica en cuanto a materiales y procesos, ambos adecuados al medio económico y productivo del país, debe lograr el máximo nivel estético significativo y comunicacional ya que se trata de afianzar y mejorar las características de identidad cultural de la comunidad. Pero, ¿a qué se refieren con esto? Bueno, el desmenuzamiento, el análisis, la interpretación y la aplicación es nuestra tarea como profesionales y docentes y entonces este planteo nos sirve de puntapié inicial, en el aula, para el comienzo del largo camino que implica el mundo envase. La responsabilidad que implica lo transforma en un desafío más que interesante.

La rigurosa disciplina de la libertad creativa

Graciela Ferrari

¡Libertad! ¡Libertad!

Ese es el clamor fundamental del artista desde el principio de las civilizaciones. En todas las expresiones del arte está presente, implícita o explícitamente el reclamo libertario. El artista desconoce la sumisión, se siente ajeno a convencionalismos sociales y mecanismos ideológicos que pretendan serle impuestos.

Cuando profesores y alumnos emprendemos el desafío de enseñar y aprender alguna expresión artística, nos vemos frente a una aparente disyuntiva ¿Es compatible tanto requerimiento libertario con un riguroso método académico?, ¿No coharta el rigor académico aquella libertad de la que abreva el artista?, ¿Cómo compatibilizamos la exigencia académica con la libertad creadora? Sin pretender agotar el análisis de estas cuestiones que

aun en el siglo XXI son objetos de profundo debate entre los educadores, solo esbozaré algunas reflexiones basadas en mi saber experiencial.

Creo, en primer lugar, que debe rescatarse y repensarse la posición jerárquica que ocupa el profesor respecto del alumno. La fortaleza de la autoridad del docente debe descansar sobre tres patas fundamentales: a. La cantidad de conocimientos, b. Su capacidad intelectual, c. Su capacidad de trasmisión.

Estos tres elementos son necesarios en igual medida, y mi observación de lo cotidiano me lleva a sostener que la autoridad del docente, entendida básicamente como su capacidad de atraer la atención y el respeto de sus alumnos, depende íntimamente de una armoniosa interacción entre esos tres factores.

Es ampliamente difundida una crítica que se le dedica al sistema educativo argentino, resumida en una remanida frase: No se enseña a los alumnos a pensar.

Si traspolamos esta sentencia popular a las ciencias artísticas podríamos expresarlas de la siguiente manera: No se enseña a los alumnos a crear.

Estaríamos así en presencia de una sentencia de muerte del arte. El alumno necesita absorber la mayor cantidad posible de conocimientos; pero la sola cuantía es insuficiente para el desarrollo de sus capacidades artísticas. Es tarea primordial del profesor armonizar la cantidad de conocimientos que transmite con el desarrollo y la ejercitación de las capacidades analíticas de sus alumnos, de lo que se ha dado en llamar el sentido crítico. Pues el profesor debe procurar que el alumno aprenda y comprenda los conocimientos en igual medida.

El método educativo se constituye entonces en una herramienta indispensable para brindarle al alumno la posibilidad de descubrir, utilizar y desarrollar sus mejores capacidades y de ese modo tener el mayor espectro de elección posible en relación con el lugar que quiere ocupar en la sociedad en que vive.

Pues no hay nadie más libre que aquel que es capaz de conquistar su propia libertad.

Texto sentido

María Rita Figueira

Uno de los desafíos más habituales, tormentosos y hostiles que se le presenta a cualquier docente en la Argentina actual es la falta de comprensión de texto por parte de muchísimos alumnos. Algunos lucen distraídos y asombrados –cuando están despiertos– como también somnolientos –aquellos cuyos párpados bajos han dominado la escena. Muchas veces los profesores disimulan el deseo de acercarse y tomarles el pulso para constatar que todo marcha normalmente y que sus signos vitales funcionan de manera óptima. Ante un texto determinado se ven sorprendidos por palabras que, a pesar de estar en el idioma de infancia, fustigan sus neuronas como si fueran jeroglíficos inalcanzables, enigmas complejos o laberintos literarios. Éstos pueden aparecer ante sus ojos como titánicos desafíos, tanto si se tratara de un fragmento de Heidegger, como si fuera el horóscopo del papelito de chicle

Bazooka, un pensamient o de Schopenahuer, el prospecto de la Buscapina o un volante callejero ofreciendo activar celulares.

La relación inmediata entre lectura y posterior o paralela comprensión no siempre debe ir acompañada de exquisita formación o inteligencia record. Bastaría como atenuante –si se careciera de los atributos anteriores– una esencial sensibilidad a la hora de captar y discernir, como así también poseer más actitud que aptitud. Tan sólo una consonante marca la diferencia a la hora de lograr resultados que reconforten a los educados y a sus educandos.

En oportunidad de promover un ejercicio de guión ante un curso de jóvenes que oscilaban entre los 18 y 30 años, un docente –visiblemente emocionado– leyó dos veces un poema de Jorge Luis Borges denominado “Juan López y John Ward”. Luego, les entregó materializado en una fotocopia, esa suerte de homenaje a la inteligencia y a una aguda delicadeza. No es poca cosa para una cátedra argentina hablar de Borges y de “Malvinas”. Mucho menos, caminar un corto tramo de la obra de un genio injustamente denostado por su presunta falta de sensibilidad y por esa excesiva frialdad que señalan sus detractores. El polémico tema “Malvinas” nunca permite que gane la indiferencia... o por lo menos, no debería permitirla.

Una vez que el curso tomó contacto con la poesía en cuestión, mostró de todas las maneras posibles un estado de entera pereza que expuso en total indefensión el entusiasmo del docente. Éste, hubiera imaginado una recepción digna de año nuevo chino, con fuegos de artificio intelectual y brillo en la sensibilidad. Buscó en vano miradas encendidas y almas ofrecidas al ritual de la polémica y el análisis.

Error.

Más allá del ejercicio que debían realizar, el estupor ganó terreno de este lado de los pupitres porque hay que hacer esfuerzos denodados para mantenerse apáticos ante un poema antológico, un tema tan propio como descarnado y un escritor que, aunque conservador y demasiado clásico, ha sido y será más creativo que muchos pseudos artistas tatuados, bañados en Fernet, que pululan por aquí y allá.

El profesor –ya sin aliento, ni emoción, ni nada– quedó en estado de estatismo, observando y concluyendo que a veces la docencia es un camino de ida.

Error.

Cuando él mismo tenía la edad de los alumnos, Borges no había escrito todavía ese poema y los responsables de aquella guerra vegetaban por ahí. En rigor de verdad, el docente en ese entonces era un veinteañero carilindo que estudiaba en la universidad y seguía mucho más de cerca las instancias del Mundial de España '82 que la muerte segura de soldados argentinos “en unas islas demasiado famosas.”

Cuando estalló la lamentable aventura bélica llamada “Malvinas”, el joven convivía con amigos que vivieron esa lucha absurda como cuando se veía la serie “Combate” en televisión, como entusiastas jugadores de TEG, anotados en cónicas listas de voluntarios para esa guerra psicótica, si es que existen de otra clase. Pareciera que cuando se habla de Vietnam y sus

secuelas, el argentino medio se muestra muy afectado, más que con una lucha tan personal como las que vivieron Juan López y John Ward.

Abstraído, el docente reconoce que cuando se habla de Literatura y sus escuelas el argentino medio se muestra más entusiasmado por escritores fashion que por uno de los más grandes, compatriota muchas veces.

Se sabe que si se nace en este país se adopta una nacionalidad que es proclive hasta el hartazgo en el regodeo de las antinomias: bienvenidos sean Juan López y John Ward.

En un momento, piensa que tal vez si se tratara, no de un soldado inglés, no de un soldado argentino, sino de Diego Maradona y de Bobby Charlton, las repercusiones hubieran alimentado el interés de los alumnos. O también si Juan López y John Ward se llamaran Ernesto “Che” Guevara y Robin Hood.

Dos caminos opuestos le quedaban al docente:

a. Encapsular ese trabajo práctico, que la desidia y la inercia se transformaran en una nota y los bostezos condujeran a otro trabajo práctico y ya.

b. Combatir la indiferencia y que un sol de entusiasmo disipara esa nube de molicie que tantas veces invade los claustros autóctonos.

Acaso resulte alentador tener cierto ataque de paciencia y adueñarse de un “mea culpa”. La problemática sobre la comprensión de texto es remanida y hasta manoseada, pero es tan o más esencial que el índice de alfabetismo de cualquier país. Tal vez el desafío para el cuerpo docente radique en hacer sentir lo que se enseña partiendo de la comprensión de la importancia de cada texto por parte de los alumnos, sin caer jamás en el facilismo o la despreocupación. El peligro de mimetizarse con ellos es inminente y nadie está exento.

Hablando en términos pugilísticos, no hay docente que no haya sentido la necesidad de tirar la toalla alguna vez. Las sociedades que más avanzan de manera integral y –no solamente en índices de crecimiento económico– nunca pierden por *know-kout* ante la incompreensión de escritos, artículos periodísticos, poemas, etc. No es meramente una cuestión intelectual y de capacidad: es de actitud. Tanto de profesores como de alumnos.

En el caso particular del profesor que decide aventurarse en el mundo Borges, en el doloroso laberinto “Malvinas” y en la realización de un ejercicio a partir de “Juan López y John Ward”, queda la fina y frágil línea divisoria entre dejar que el reloj haga su trabajo, la hora se pase de una vez, el trabajo práctico se entregue confeccionado mecánicamente y corregido a la penosa altura de las circunstancias... O, tal vez, hablando ahora en términos futbolísticos, se pare la pelota y se empiece de nuevo. Con la necesidad de desdramatizar la comprensión de texto y no incurrir en golpes bajos, es bueno enseñar a sentir lo que se está leyendo. Señoras y señores, hubo un escritor llamado Jorge Luis Borges y en cualquier carrera donde haya una materia llamada “Guión” es importante saber de él. Señoras y señores, hubo un conflicto histórico-bélico entre Argentina e Inglaterra- y en el corazón de cualquier joven que estudia una carrera donde haya una materia llamada “Guión” es importante saber de él.

Los guionistas que escribieron, entre otras, *Apocalipsis now*, *Francotirador*, *Regreso sin gloria* o *Iluminados por el fuego* se documentaron al respecto. Pero si solamente se toma este caso, la trincherita estaría tapando el bosque y solamente se vería la gloria de la alfombra roja y el brillo de los créditos.

Cuando cualquier niño babea pidiendo una taza de leche chocolatada para luego ir a jugar a la pelota, Jorge Luis Borges esbozaba un breve ensayo sobre mitología griega. Pero para un alumno universitario este dato biográfico no es útil o inútil en sí mismo. Al fin y al cabo, "Georgie"... ¡nunca gritó un gol!

El profesor toma aire, lo retiene, cuenta hasta diez, de un cuarto en un cuarto para que el recuento le rinda más, y comienza una exposición de argumentos. Mira al alumno Matías P. y le recuerda su devoción hacia el mundo rollinga y el perfecto inglés que le ha permitido seguir las letras de cada canción. Sonríen sus compañeros porque el primer corto producido por el joven aprendiz de cineasta giró alrededor de una antinomia: Rollings vs. Beatles. Al debate se sumó un alumno de tierra adentro -Francisco M. O.- que defiende a poncho y espada la cultura telúrica. Con vehemencia pide prohibir la música extranjera ante el estupor de Joaquín G., cuya remera muestra una estampa de Fredy Mercury, artista que si hubiera tardado un año en venir a la Argentina hubiera estado prohibido y abucheado en pleno 1982. Valeria H. comulga con la idea de una cultura nacional y progresista y sueña con conocer el norte argentino porque a Nueva York y a Miami fue demasiadas veces. Hernán T. es peronista y odia a Borges. Acepta el desafío de enfrentarse con el escritor y paladea su superioridad visceral llamándolo "Gorila". Una tímida Jorgelina F. pregunta sobre los militares y teme traicionar la soberanía, asqueada por esa guerra. El docente sabe que esta discusión variopinta pero coherente llevará gran parte de la clase y que se convertirá en el disparador necesario para comprender el por qué de "Juan López y John Ward". Surge en cada acotación un nexo con la poesía. La clase se convierte en un ida y vuelta que va, desde las carreras de Carrozas de fuego -que no podía exhibirse durante el conflicto entre Argentina e Inglaterra- hasta la opinión sobre los peronistas por parte de Borges: "no son buenos ni malos, son incorregibles". Los alumnos no parpadean y la hora se consume sin que ninguno manifieste deseos de cortar ese debate como muestrario de opiniones.

El docente se emociona, tanto como cuando había leído en el comienzo de la hora "Juan López y John Ward". Minutos antes del tiempo cumplido, pide silencio.

Los mira fijo y de su boca sale un collage de palabras: Argentina, libertad, historia, antinomias, librepensamiento, compatriotas, sensibilidad, etc. Luego, un collage de frases: guerra de infamias, de marionetas y de titiriteros siniestros; jóvenes con la edad de ellos, destinos trancos y vidas inmoladas, la imagen de ellos mismos en la obra de Borges, etc. El entender que en esa poesía cualquiera de ellos podía ser protagonista. Mientras los observa maravillado, piensa en Bertold Bretch para un próximo trabajo práctico y trata de recordar en dónde guardó "Ahora me llevan a mí".

El docente no debe enfrentarse a una rendición de

cuentas en referencia a chequear el material elegido. No es el alumnado quién digita si esa poesía es sobre la que se debe trabajar o no, más allá de un buen diálogo y mejor entendimiento. Es valiosa en sí misma y allí está la clave de la comprensión de texto: resulta gratificante y útil enseñar a comprender los motivos por los cuales cada uno está allí sentado vivenciando su formación y las causas esenciales por las cuales cada material debe sentirse importante para que se convierta en una herramienta útil. Metafóricamente hablando, no hay textos incomprensibles cuando existe una razón y un sentimiento que conduzcan a un objetivo en común entre profesores y alumnos.

Atacar la falta de actitud es un buen comienzo y promover la necesidad de sentir los textos sobre los que se está trabajando es dar batalla -valga la alegoría de este artículo- a la falta de comprensión por parte de tantos jóvenes estudiantes. Muchas veces el famélico discernimiento no es sobre el texto, es sobre el motivo por el cual vale la pena entenderlo. Todo docente ha tenido en su haber a algún otro maestro que encendió una luz en la opaca tiniebla de la necedad y la ignorancia, la indiferencia y los prejuicios. Es indispensable sumergirse en cada texto y apasionarse hasta amar u odiar al autor, sea Borges, Jauretche, Capote o las hermanas Bronte. Para lograr satisfactoriamente una clara comprensión de cada texto es imprescindible transmitir la importancia de la elección de ese autor, de la temática en cuestión, del estilo, de motivos, apologías, ramificaciones, etc.

Ningún docente se debe disfrazar de mago ni de misionero en un selva africana. Bastaría con inculcar los motivos razonables de la elección de un material a desarrollar, como punto de partida de ejercicios futuros, comprensión presente y dejando en el pasado la peligrosa apatía. Se sabe el alto costo que pagan las sociedades que dejan a merced de la indolencia cada hora de clase. "El hecho que refiero pasó en un tiempo que no podemos entender".

Ni tan lejano, ni tan ajeno...

Silvia Gago

Luego de haber comentado el programa cuatrimestral con los contenidos de Historia del Arte a desarrollar, se da inicio a la primera clase.

Nos espera un primer tema: "El análisis del período Paleolítico en comparación con el Neolítico".

Algunas caras expectantes observan las primeras proyecciones, otras intentan disimular que su atención está totalmente acaparada por el teléfono celular oculto bajo algún bulto y otras se sumergen en un sopor producido por sus propios prejuicios.

¿Qué interés puede tener la historia de un hombre primitivo tan lejano a nosotros y a nuestra evolución? No basta que se haya dicho enfáticamente que la historia se nos brinda como un abanico de sucesos que tendemos a acumular en nuestra memoria, pero sobre los cuales podemos reflexionar, siendo esto último lo más importante para nosotros.